

PACO IGNACIO TAIBO II

Adiós, Madrid

Una historia de
Belascoarán Shayne



¿De veras tenía que irse Belascoarán a Madrid a rescatar el pectoral de Moctezuma robado por la examante ranchera de un expresidente?

¿No iba a moverse entre dos nostalgias paralelas?

Con *Adiós, Madrid*, última novela de la serie Belascoarán, concluye la saga del detective mexicano más conocido en nuestro país y en el mundo.

Nota

En el origen, *Adiós, Madrid* nació como un programa para Televisión Española, y luego se convirtió en la novena novela de la saga de Héctor Belascoarán; fue escrita entre 1990 y 1992, empezada en Gijón, España, seguida en el DF, continuada en Madrid, avanzada en Acapulco, proseguida entre La Habana, Madrid y el aeropuerto de Ranón, repensada en ruta de autobús a Toluca, con notas que se hicieron en un Delta a NY, y rematada en falso en Saltillo, Coahuila, y por dos veces más en la Ciudad de México. Quizá esto sirva para explicar por qué no quería acabar de salir y por qué está tan llena de nostalgias y de distancias.

Dada su escasa longitud dudé mucho antes de entregarla a la editorial, pensé si no debería incorporar una segunda trama, hacerla más compleja. Luego llegué a la conclusión a la que llego siempre: las novelas tienen la longitud que quieren tener, y poco puede hacer uno, a riesgo de destruirlas, para arreglar el asunto. Que decidan los que la van a leer si me equivoqué.

En ésas estaba cuando, discutiendo con amigos y lectores, percibí en ellos la misma extraña sensación que me andaba rondando: que las historias de Belascoarán se estaban agotando, que quizá fuera hora de darle unas nuevas vacaciones. Sea ésta una prueba.

Pero cuando terminé la última revisión, descubrí que la novela me gustaba mucho, que estaba encantado de haber recuperado a este Belascoarán tristón, y que me quedaban en el clóset media docena de novelas más, hasta que él y yo nos volviéramos cenizas. Total que vaya usted a saber.

Por último, este libro está dedicado a mis amigos Ángel Tomás González, Leonardo Padura y Emilio Surí. Locos be-
lascoaranianos.

Enero de 1990,
22 de octubre de 1992.

Algo de mí se queda aquí.
Adiós, Madrid.

ALFREDO ZITARROSA

Pero el invierno
no se lo saca nunca de encima.

JOAQUÍN SABINA

I

Preguntas en aeropuertos

En el aeropuerto de Madrid-Barajas, mientras buscaba un desayuno que trascendiera el café con ensaimadas, algo así como unos inexistentes huevos revueltos con longaniza y salsa verde, el mexicano tuerto se preguntaba sin saberlo, acunado por el rugido de los aviones:

¿Por qué cuando llegaba sentía que se estaba yendo? ¿Por qué cuando apenas descendía del avión tenía la ingrata sensación de que estaba asistiendo a una despedida?

Héctor Belascoarán Shayne, cariñosamente cerca de los cuarenta, de hecho pasándolos un poco, y de nuevo extranjero, no fue consciente de que se estaba preguntando esas cosas; por lo tanto, no pudo atacarlas por los caminos de la razón y se limitó a percibir el malestar de los adioses invertidos. Poco habían colaborado a su paz espiritual las horas sin sueño, la mirada avinagrada de un Guardia Civil madrugador que le estampó el pasaporte, y el que una señora vestida de magenta y solferino, batallas italianas, lo atropellara con el carrito de las maletas, dejándole un dolor punzante en el empeine.

Ahora, Madrid estaba detrás de aquella puerta, más allá de la salida marcada con una enorme T (de taxis, al menos eso era igual). Pero: ¿llegaba o se iba? «No hay como la metafísica de las mañanas, con las horas cambiadas en el reloj del cuerpo y la falta de territorialidad real de los aeropuertos, para que uno se instale en el formular preguntas idiotas», se dijo el detective, ahora sí, consciente del asunto, y entró en la ciudad.

II

Una semana antes

—¿Cuánto me cobras por llevarle un recado a la Viuda Negra en Madrid de las Españas?

—¿Cuánto dan en la lotería nacional en el sorteo del 16 de septiembre?

—¿Y yo qué sé? Dos mil millones. Doscientos millones el cachito, setenta y cinco, un chingo. Algo así. ¿Cuánto es un chingo últimamente?

—Pues eso, setenta y cinco millones de pesos.

—¿Eso me cobras?

Nunca se deberían tener conversaciones de negocios en el amanecer. Se corre el riesgo de decir que sí a cualquier propuesta. Un poco antes, tras una noche de insomnio y al inicio de una mañana en la que no pasaba nada, Héctor se había quedado dormido en la oficina. Llegó pues al teléfono, como quien busca una mujer al otro lado de la cama, tanteando con cuidado. Luego alguien le dijo en un susurro que salía del auricular, que cuánto cobraba por llevar un recado a Madrid. Ahora estaba hablando de setenta y cinco millones de pesos. Al menos podía reconstruir esta secuencia.

—No me voy a ningún lado, y menos a esta hora. No estés chingando —dijo el detective, y con la otra mano tanteó buscando los cigarrillos mientras trataba de adivinar con quién carajos estaba hablando.

—Voy para allá, no te duermas. ¿Me oyes, güey? No te jetees. Estoy hablando en serio —dijo su amigo Justo Vasco.

Amanecía en el centro del DF. Los ruidos eran familiares en la calle de Bucareli; por las ventanas entraba el rumor de la corte de los milagros que persiste en esa esquina arqueológica de la Ciudad de México. Héctor adivinó: los vendedores ambulantes de periódicos que se distribuían los ejemplares, un jorobado que había inventado un albur nuevo, las camionetas de reparto, los puestos de quesadillas, las bicicletas con un metro de papel impreso en equilibrio en el sillín trasero, los grupos de jóvenes jugando fútbol a media calle. Lo que se ve muchas veces se evoca con dificultad; la memoria quiere ser demasiado precisa. Quizá el olfato fuera más sincero. El aroma del guiso de chicharrón en salsa verde que se desparramaba por la calle mordiendo los otros olores y derrotándolos, hasta el de la gasolina, aun las oleadas de fragancia de los jugos de naranja...

Trató de encender el cigarrillo que ya había encendido. «Los tertos hacen cosas así», se dijo buscando una imposible disculpa. La Viuda Negra: una historia de ex. Una ex-cantante de rancheras, amante de un expresidente de México recientemente difunto; una ex-triunfadora de la farándula y un exdueño del país. Y eran historia vieja.

¿Estaba en Madrid la Viuda Negra?

Cuando abrió la puerta media hora después, Justo Vasco se le quedó mirando a los pies. Héctor contempló sus calcetines: eran del mismo color. ¿Qué miraba ese güey? Luego observó a su visitante. Al subdirector técnico del Museo Nacional de Antropología le quedaba estrecho el traje, se le salía la camisa blanca y panzona. Héctor comparó a su amigo con su propia imagen borrosa que reflejaba el vidrio de la puerta. Desde luego, los jarochos se conservaban mejor que uno, aunque se hubieran aclimatado al DF y el smog los hubiera desgastado...

—¿Por qué me contestas mamadas?

—¿Por qué me preguntas mamadas? ¿Hablas en serio?
¿Dijiste que me tenía que ir a Madrid?

—Absolutamente, verdad científicamente comprobada.

—¿Por qué yo? El correo, Federal Express, DHL...

—Tiene que ser de viva voz, directo y en persona. Además es supersticiosa, y ver a un detective mexicano tuerto puede hacerla entender que las cosas van en serio. Hasta a mí me darían ñañas.

—¿Sólo entregar un recado?

Justo Vasco asintió. Luego encontró una Pepsi abierta encima del escritorio y se la bebió de un largo trago, depositó el casco con cuidado en el suelo y pasó el recado:

—Si ella trata de vender el pectoral de Moctezuma, doy una conferencia de prensa y me valen madre las consecuencias, me revale pito. Yo informo que la pieza fue robada en la administración del ex y que sospecho que ella está intentando venderla en Madrid, le pongo a la INTERPOL encima, a los SWAT, a la brigada criminal de Madrid y al fantasma de Hernán Cortés. Con esta mierda del Quinto Centenario, hasta la nana de Cristóbal Colón se emputa y la persigue. Le hago la vida imposible. Me vale madre el escándalo; me importa un güevo que todos los diarios digan que los expresidentes de México se roban piezas de sus museos. La quemo en la hoguera diciendo que su pieza es robada. Como pinche Juana de Arco, pero en puta.

Luego de esa tirada Justo Vasco tomó aire, como disponiéndose a un segundo round. De repente pareció apenarse de tanta vehemencia. El subdirector técnico del Museo de Antropología estaba encabronado y era excitable; también era mulato, calvo y fumador; un fanático que en esos momentos estaba masticando el filtro de su cigarrillo. Héctor impidió que se ruborizara con una pregunta:

—¿Y por qué no lo haces de una vez?

—Porque entonces tendría que reconocer que la copia que tenemos en el Museo Nacional de Antropología es eso, una pinche copia. Que en el mejor museo del mundo tenemos una pinche copia. Y me muero de la pinche, reputa y jodida vergüenza.

—¿Y cuándo descubriste que la copia del museo era eso, una pinche copia?

—Oficialmente, nunca.

—¿Extraoficialmente?

—Una semana después de haberme metido en la dirección técnica. La pieza salió a una exposición en Francia y nunca regresó. Pero estaba ahí, yo iba y la veía. Y algo sé de Moctezuma, o sea que una noche me quedé en el museo a estudiarla. Es una buena copia, pero es una copia.

Héctor buscó sus zapatos abajo del escritorio. No los encontró, pero sí una cajetilla de cigarrillos a la que le quedaba uno, todo arrugado. Salió triunfante de abajo de la mesa.

—O sea que se trata de llevar un recado.

—Exactamente. Un recado de un funcionario de tercera de un país de octava, pero un funcionario de uno de los museos más chingones del mundo. Si lo quieres hacer más cabrón, dile de mi parte que algunos mexicanos estamos hasta los güevos de que nos anden saqueando la patria. Y si lo quieres hacer más cabrón y declarativo, dile que le va a costar los ovarios andar jugando con piezas arqueológicas robadas.

—Vale, yo doy el recado. Y te cuesta el pasaje de avión y los gastos, nada más. Hace años que no salgo de esta pinchurrienta ciudad... A lo mejor hasta me gusta.

III

Casi una semana antes

Luego se dedicó al arrepentimiento, ¿cómo iba a irse del DF? ¿Cómo podría irse del DF? ¿Cómo le iba a gustar alejarse del DF? Lejos, de verdad lejos, no a Cuernavaca. «¿Y si no me dejan volver?», se preguntó riendo de sus paranoides ataques de chilanguismo.

Al día siguiente llamó a Justo Vasco y rechazó el trabajo, decidió dejarse el bigote, buscó las últimas postales que le habían llegado de la muchacha de la cola de caballo, cubiertas de coloridos timbres portugueses. ¿Lisboa estaba a la vuelta de Madrid? Aceptó el encargo con un nuevo telefonazo, y juró que estaría en Madrid en dos o tres días. Luego cenó carnitas, se empachó, tomó milanta y sal de uvas Picot toda la noche en medio de eructos y diarrea. Llamó en la mañana de nuevo para decir que no podía irse, que estaba malísimo.

Recorrió la ciudad diciendo que sólo era un paseo, pero consciente de que se estaba despidiendo. Le gustaban los preparativos navideños, las lucecitas, la trampa sentimental. El trato de turistas que las autoridades del DF estaban dando a los nativos. En el mercado de Medellín compró dos docenas de guajolotes de barro, un burro, tres serpientes y un nopal con un pajarito bizco encima, para montar sobre su refri una versión personal de un nacimiento. Atea e iconoclasta, sin dioses ni pastorcitos. Buscó hasta encontrar en el clóset los restos del nacimiento que había montado en el 85, luego reunió su tesoro: hartos guajolotes, unos nopales floreados que terminaban en el nacimiento de un río, un gallo cojo, un conejo cogiéndose a un pollo, o algo así de

kamasútrico, y dos cisnes verde bandera. Montó el nacimiento y se fue a bailar.

Se había inscrito en unas clases de merengue en la Casa de la Cultura de la colonia Condesa, llevaba asistiendo tres semanas y en la aventura encontraba la penitencia. Noches enteras con dolores de columna. La pierna rota tantas veces cobraba su precio en vértebras fuera de lugar apretando los nervios, en músculos estirados como cables. Sin embargo, no estaba nada mal eso de ir a bailar con adolescentes pecaminosas y amas de casa cincuentonas, sirvientas tímidas y lecheros rumbosos. El merengue era democrático. Detectives tuertos, choferes prófugos de sus patrones, tenderas del mercado de Michoacán, un encargado de gasolinera, tres amas de casa que ese mes se habían pintado el pelo de rojo, un estudiante de física con lentes oscuros. El merengue era solidario: a la tercera clase todos parecían paráliticos y se confesaban sus amores frustrados; habían corrido a un ayudante del maestro priísta por tratar de hacer reclutamientos chafas, y sabían tanto de Santo Domingo, cuna indiscutible del merengue, como Colón en un buen día.

Horas más tarde, en la puerta de la Casa de la Cultura, y por culpa del recuerdo y la promesa de asistir a la próxima clase, decidió que no se iba a ir a ningún lado, que fuera del DF era cadáver, que esta ciudad era su ciudad, la única que le interesaba. Había bailado como poseído, sudado como loco, aprendido un pasito en el que se avanzaba de costado con los brazos arriba y las palmas abiertas, girando hasta encontrar en el mareo una respuesta. Obviamente, no iba a ningún lado.

A la mañana siguiente tomó el avión.